

ama; pero cuando del sagrado interes del amo se trata no puede quedar el negocio secreto, y es preciso que se acuse á sí propio el culpado, ó que haya un acusador. Estos pleitillos son muy raros y se sustentan en la mesa, en las visitas que hace diariamente Julia á la comida ó á la cena de la familia, y chanceándose los llama el señor de Wolmar sus estrados. Entonces, despues de haber escuchado atentamente la querebella y la respuesta, si interesa á su servicio el asunto, da gracias al acusador por su celo. Bien sé, le dice, que quieres á tu camarada; siempre me has hablado bien de él, y te agradezco que pueda mas contigo el amor á tu obligacion y á la justicia que tus inclinaciones personales; así se porta un sirviente fiel y un hombre de bien. Luego si no tiene culpa el acusado le da siempre algun elogio para justificarle. Pero si realmente la tiene le libra delante de los demas de parte de su confusion: supone que tendrá algo que alegar en defensa suya que no querrá declarar á presencia de tanta gente; le da una hora para oírle privadamente; y allí ella ó su marido le dan una agria repension. Lo raro que hay en esto es que el mas temido de los dos no es el mas severo; y que menos miedo tienen de las ásperas repensiones del señor de Wolmar que de las afectuosas quejas de Julia. El uno haciendo hablar la justicia y la verdad aterra y confunde á los culpados; la otra les infunde un mortal sentimiento de su culpa, manifestandoles el que ella tiene en verse precisada á privarlos de su cariño. Muchas veces les saca lágrimas de dolor y vergüenza; y no pocas sucede que se enternece ella propia al ver su arrepentimiento, con la esperanza de no hallarse obligada á cumplir su palabra.

Uno que apreciase todos estos afanes por lo que en su casa ó en la del vecino sucede acaso los reputaria inútiles ó pesados; pero V., Milord, que tan alta idea de las obligaciones y los gustos del padre de familias tiene, y conoce el natural imperio que en el corazon humano se grangean el ingenio y la virtud, com-

prende lo que importan estas menudas cosas, y sabe en lo que estriba que desazonados frutos. Riqueza no hace rico, dice la novela de la Rosa. El caudal de un hombre no está en su arca sino en el uso que de él hace, porque solo por el empleo que de las cosas hacemos nos las apropiamos; y siempre son mas exhaustos los abusos que las riquezas, lo cual es causa de que nadie disfrute á proporcion de sus gustos, sino á proporcion del modo de ordenarlos estos. Un loco puede arrojar barras de plata á la mar, y decir que ha gozado de ellas: pero que comparacion har entre este gozo extravagante, y el que hubiera sabido sacar un hombre prudente de menos cantidad? Solo el orden y la regla que multiplican el uso de los bienes pueden convertir en felicidad el placer. Y si nace la propiedad de la relacion de las cosas con nosotros, si nos da las riquezas mas antes que el empleo de ellas su adquisicion, ¿que afanes importan mas al padre de familias que la economia domestica y el buen gobierno de su casa donde las mas perfectas relaciones tienen conexion directa con él, y donde el bien de cada miembro aumenta entonces el de la cabeza?

¿ Los mas ricos son los mas felices? Que vale la opulencia para la felicidad? Pero toda casa bien ordenada es imagen del alma de su amo. Los dorados techos, el lujo y la magnificencia solo la vanidad de quien de ellos hace alarde indican, en vez de que en todas partes donde vea V. reinar la regla sin tristezas, sin esclavitud la paz, sin profusion la abundancia, diga con toda confianza: aqui manda un hombre feliz.

Yo por mi pienso que la señal mas cierta del verdadero contento del animo es la vida retirada y domestica, y que los que sin cesar van buscando la dicha en casas ajenas, es porque no la encuentran en la suya. Un padre de familias que está contento en su casa, disfruta en pago de los afanes continuos que se toma el gozo perenne de los mas dulces afectos de la naturaleza. Solo entre todos los mortales es arbitro de su propia felicidad; por que es feliz, cuando

el mismo Dios, sin desear nada mas que aquello que posee. Como este Ser inmenso no piensa en hacer mas vastas sus posesiones, sino en apropiarselas verdaderamente por las relaciones mas perfectas, y la direccion mas bien entendida, y si no se enriquece con nuevas adquisiciones, se enriquece poseyendo mejor lo que tiene. Solo de la renta de sus tierras disfrutaba, y goza ahora de sus propias tierras presidiendo á su cultura y recorriendolas sin cesar. En las acciones solamente tenia derecho; y ahora se le ha grangeado en las voluntades. Era amo á precio de dinero, y ahora lo es por el sagrado imperio de la estimacion y los beneficios. Despojele la fortuna de sus riquezas, nunca podrá quitarle los corazones que se ha grangeado; no quitará á su padre sus hijos, y consistirá toda la diferencia en que ayer los mantenía él, y ellos le mantendrán hoy, porque á sus criados que para él eran extraños, los ha hecho suyos, y se los ha apropiado. Así se aprende á disfrutar verdaderamente de sus bienes, de su familia y de sí propio; así las menudas ocupaciones de una casa se convierten en delicias para el hombre de bien que sabe apreciarlas en lo que valen, y así lejos de mirar como un gravamen sus obligaciones, cifra en ellas su felicidad y saca de sus nobles y afectuosas funciones la gloria y la satisfacion de ser hombre.

Y si son tan mal apreciadas, ó tan poco conocidas, estas preciosas utilidades, y si los pocos que á ellas aspiran tan contadas veces las alcanzan, todo esto proviene de una misma causa. Obligaciones hay sencillas y sublimes que en manos de pocos está el amarlas y desempeñarlas; y de esta especie son las del padre de familias, á las cuales inspiran cierta repugnancia el tráfico y el bullicio del mundo; y que tambien se desempeñan mal cuando nos encargamos de ellas por razones de interes y avaricia. No falta quien cree que es un buen padre de familias, y no es mas que un vigilante mayordomo; puede que prospere su caudal, pero nunca irá bien gobernada su casa. Proyectos mas altos se

requieren para alumbrar y dirigir esta importante administracion, y que estalga á medida del deseo. La primera diligencia por donde ha de empezarse el orden de una casa, es no consentir en ella mas que á hombres de bien, que no tengan la secreta intencion de perturbar este orden; ¿empero son acaso de tal modo compatibles servidumbre y honradez que se pueda esperar que hayan de encontrarse criados hombres de bien? No, Milord: para tenerlos no se han de ir á buscar, sino que se han de formar; y solo un hombre de bien sabe el arte de formar otros que lo sean. En balde afecta un hipócrita el estilo de la virtud, á nadie le infunde el gusto de practicarla, y si supiera hacer que fuera amable el la amarla, ¿A que valen frias lecciones que desmiente un continuo ejemplo, sino para hacer creer que el que las da se burla de la credulidad aiena? (Que gran disparate dicen los que nos exhortan á hacer lo que dicen, y no lo que hacen! Quien no hace lo que dice nunca lo dice bien, porque falta el idioma del corazon que es el que mueve y persuade. Algunas veces he oido esas conversaciones disfrazadas sin arte que en presencia de los criados se tienen, como en presencia de las criaturas para darles lecciones indirectas. Lejos de pensar que tragasen por un solo instante el anzuelo, siempre los he visto reirse en secreto de la necedad del amo, que los tenia por tontos vendiendo sin arte delante de ellos maximas que sabian muy bien que no eran las suyas.

Ninguna de estas vanas sutilezas se conoce en esta casa, y el arte principal de los amos para que sean sus criados lo que ellos quieren es dejarse ver de estos como ellos son. Siempre es ingenua y sincera su conducta, porque no recelan que sean desmentidas sus palabras por sus acciones. Como no tienen para sí una moral diferente de la que enseñan á los demas pretenden no accitarse circunspeccion en sus razones, ni una expresion que se les va sin pensar destruye los principios que se han esforzado á asentar. No dicen imprudentemente todos sus negocios, pero dicen con fran-

hay pocos muy corpulentos, y estos estaban ya, y además de que Julia lo principió esto mucho tiempo antes de su casamiento, y casi luego que murió su madre, que se vino aquí con su padre á buscar la soledad. Bien está, dije, una vez que dice V. que todos estos espesillos, estos vastos toldos, estas colgantes copas de arboles, estas florestas tan sombrías sean produccion de siete à ocho años, y fruto del arte; pienso que si en recinto tan vasto le ha costado à V. mil duros, ha sido muy barato. No echa V. más que mil duros de mas, me dijo; no me ha costado nada.—; Como nada!— Nada; à menos que quiera V. contar una docena de dias al año que trabaja mi jardinerero, otro tanto dos ó tres de la familia, y algunos el señor de Wolmar que no se ha desdenado de ser algunas veces mi mozo jardinerero. No comprendía la significacion de este enigma, pero Julia que hasta entonces me habia detenido, me dijo dejando que me fuera: vaya V. adelante y me comprenderá. A Dios Timian, à Dios Juan Fernandez, à Dios todo el encantamiento. Dentro de un instante estará V. de vuelta del cabo del mundo.

Puseme à recorrer estatico este verjel así transfigurado, y si no hallé plantas exóticas ni producciones de Indias, encontré las del país dispuestas y reunidas de modo que producian el efecto mas risueño y mas grato. El verde y denso pero corto y apretado cesped, estaba mezclado con serpol, almoraduj, tomillo, mejorana, y otras plantas aromaticas. Se veian brillar mil flores campestres; entre las cuales distinguian los ojos con extrañeza algunas de jardín, que al parecer naturalmente con las otras crecian. De cuando en cuando encontraba espesuras impenetrables à los rayos del sol como en la selva mas enmarañada. Formaban arboles de la madera mas flexible cuyas ramas habian sido encorvadas plantadas en tierra; y habian echado raíces con un artificio semejante à lo que naturalmente sucede en America con los manglares. En los sitios mas descubiertos veia acá y allá sin orden ni simetria matorrales de rosales, de sanguíneos, de

arbutos, de grosella, malezas de filas, de avellanos, de saucos, de gerigüillas, de retamas, y de trebol, que ornaban la tierra, y haciendo que pareciese que no estaba desmontada. Seguia las calles irregulares y torcidas que bordaban estas frondosas bosquecillos, y que cubrian mil guirnaldas de dulzamarà, de solana, de lupulo, de albolho, de bionia, de eleatide y otras plantas de esta especie, con las cuales se dignaban confundirse la madre selva y el javan. Parecia que estas guirnaldas se habian enlazado sin arte de un arbol à otro, como lo habia notado algunas veces en la selva; y formaban encima de nosotros una especie de toldo que nos preservaba del sol, mientras que debajo de nuestras plantas teniamos una alfombra suave, cómoda y seca en un musgo fino, sin arena, sin yerba, y sin ramas asperas. Solo entonces descubri, no sin extrañeza, que aquel verde sombrío y apinado que tanto me habia pasmado desde lejos no era otra cosa que un monton de plantas reptantes y parasitas que enroscándose por el tronco de los arboles rodeaban su copa de un denso follaje, y sin pedir frescura y sombra. Tambien noté que con el auxilio de una industria muy sencilla se habia conseguido que tomaran raiz en los troncos de los arboles muchas de estas plantas, de suerte que se veian mas con andar menos camino. Bien comprendo. Vin. que la fruta no gana nada con todas estas adiciones, pero solo en este parece se ha sacrificado lo útil à lo agradable, y en la demás tierra estan cultivos con tanto esmero arboles y plantas, que aunque falta este verjel es la cosecha de fruta mucho mas considerable de lo que antes era. Si reflexiona V. en el gusto que algunas veces se tiene en ver en lo interior de un bosque una fruta silvestre, y refrescarse con ella, colegirá el que aquí se encuentra hallando en un desierto artificial frutas excelentes y duras aunque contadas y de mala fecha, pero que ofrecen la diversion de buscarlas y cosegarlas.

Todos estos senderos estaban regulados y atravesados por un agua limpia y clara, que à veces entre la yerba y las flo-

res en hilos casi imperceptibles circulan, y à veces por un menudo y taracado guijo, que daba al agua nuevo brillo, corria. Veianse las fuentes salir bullendo de la tierra, y à veces canales mas hondos en que apacible y sosegada reflejaba el agua à la vista los objetos. Ahora ya comprendo todo lo demás, dije à Julia, por esas aguas que veo por todas partes. De allí vienen, replicó enseñandome el sitio donde estaba el terrado de su jardín. Es el arroyo mismo que en el cuadro de flores da à costa de mucho trabajo agua por un saltadero del que nadie hace caso. No quiere destruirle mi marido por respeto à mi padre que le hizo; Pero con que gusto venimos todos los dias à ver correr en este verjel esta agua à que casi nunca nos arriamos en el jardín! El saltadero echa agua para los forasteros, y aqui el arroyo corre para nosotros. Verdad es que he reunido à él el agua de la fuente publica que iba al lago por el camino real, que echaba à perder en detrimento de los traiguantes, y sin provecho para nadie. Hacia un recodo al pie del verjel entre dos filas de sauces que he metido dentro de mi recinto, y llevo la misma agua por otros caminos.

Entonces vi que no se habia hecho mas que hacer que estas aguas se deslizaran con economia dividiendolas y reuniendolas cuando convenia; disminuyendo el desnivel en cuanto era posible, para alargar el circuito, y conseguir el murmurio de algunas pequeñas cascadas. Una capa da arcilla cubierta con una pulgada de guijo del lago, y sembrada de conchas, formaba el cauce de los arroyos. A trechos corrian bajo algunas anchas tejas tapadas con tierra y cesped à nivel del suelo, y à su salida formaban otras tantas fuentes artificiales. En varios sitios asperos se levantaban por sí mismos algunos chorros, que caian borbotando. Finalmente refrescada y humedecida así la tierra, sin cesar daba nuevas flores, y mantenia siempre verde y hermosa la yerba.

Cuanto mas este agradable asilo recorra sentia crecer la deliciosa sensacion que cuando entré en él habia espe-

rimentado; no obstante la curiosidad era lo que mas ansiaba por satisfacer, y mas ocupado me traia la vista de los objetos que el examen de su impresion, dejandome llevar de esta deliciosa contemplacion sin tomar el trabajo de pensar. Pero la señora de Wolmar sacandome de este distraimiento, y agarrandome del brazo, me dijo: todo cuanto V. ve no es mas que la naturaleza inanimada y vegetal, y hagase lo que se quiera deja siempre una idea de soledad que entristece. Venga V. à verla animada y sensible, allí es donde cada momento del dia le hallará un nuevo atractivo. Ya adivino, le dije: oigo un ruidoso y confuso gorgojo, y veo pocos pajaros; sin duda tiene V. pajarrera. Verdad es, dijo, acerquemosnos à ella. No me atrevi por entonces à decir lo que de la pajarrera pensaba, pero esta idea tenia para mí algo de desagradable, y no me parecia concordante con las demás.

Bajamos por mil revueltas à la parte inferior del verjel, donde hallé reunida toda el agua en un cristalino arroyo que mansamente entre dos filas de sauces, muchas veces chapadotas, se deslizaba. Sus cimas huecas y medio desnudas formaban unas especies de vasos, de donde por el arte que antes he explicado salian follajes de madre selva que parte se enlazaban en torno de las ramas y parte caia con gracia por las orillas del arroyo. Casi al estremo del recinto habia un estanque chico bordado de verbas, juncos y cañas que servia de bebedero à la pajarrera, y era la postrera estacion de esta agua tan preciosa y tan bien aprovechada.

Mas allá del estanque habia un terraplen, terminado en el angulo del coto por un montecillo guarnecido con una muchedumbre de arbolillos de todas especies; los mas chicos en lo mas alto, y que crecian en tamaño à medida que estaba mas bajo el suelo, lo cual hacia el plano de las copas casi horizontal, ó manifestaba que debia serlo un dia. Delante habia una docena de arboles nuevos todavia pero que debian un dia ser muy grandes, como hayas, olmos, fresnos y acacias. Los bosquecillos de esta

colina eran el albergue de la muchedumbre de pajaros cuyo gorgojo desde lejos habia oido, y al abrigo de esta enramada, como debajo de un vasto parasol se veian revolotear, correr, cantar, provocarse, reñir como si no nos hubieran visto. Tan lejos estuvieron de escaparse cuando llegamos, que conforme á la idea en que estaba yo imbuido, creí al principio que estaban encerrados con un enrejado, pero cuando llegamos á orillas del estanque vi que bajaban muchos, y se acercaban á nosotros en una especie de calle corta que dividia en dos el terraplen, y comunicaba del estanque á la pajarrera. Entonces dando el señor de Wolmar la vuelta del estanque tiró en la calle dos ó tres puñados de una mezcla de varios granos que en la faltriguera llevaba, y así que se hubo retirado acudieron los pajaros, y se pusieron á comer como si fueran gallinas, con tanta serenidad, que luego vi que estaban habituados á este ejercicio. Me embelesa esto, exclamé. Mucho habia estrañado que tuviera V. pajarrera, pero ahora entiendo lo que queria decir esta voz, y veo que quiere V. huespedes y no. cautivos. ¿Que llama V. huespedes? respondió Julia, nosotros somos los suyos (1); ellos son aqui los amos, y les pagamos tributo, para que nos reciban alguna vez. Bueno es eso, repliqué, ¿pero como se han apoderado de este sitio esos amos? porque medio se han reunido tantos moradores voluntarios? Yo nunca oí decir que se hubiera tentado cosa semejante, y no hubiera podido creer que fuese asequible si no tuviera la prueba delante de mis ojos.

La paciencia y el tiempo, dijo el señor de Wolmar, han obrado este prodigio, dos medios en que raras veces piensan los ricos para sus deleites. Siempre acuciados para gozar, los unicos agentes que conocen son la fuerza y el dinero; tienen pajaros en jaulas, y amigos por tanto cada mes. Si una vez en-

traran criados en este sitio, en breve veria V. desaparecer los pajaros, y si ahora son tantos es porque siempre los ha habido. No se hace que vengau cuando no los hay, pero cuando los hay es facil atraer otros satisfaciendo todas sus necesidades, no asustandolos nunca, dejandolos criar sus hijos sin incomodarlos, y no cogiendoselos, porque así los que hay se quedan, y los que vienen se quedan tambien. Aunque separado del verjel, ya existia este bosquecillo; Julia le metió dentro cercandolo con un vallado de zarzas, quitó la que le separaba, le ha agrandado, y le ha hermosado con nuevas plantaciones. A izquierda y derecha de la calle que allí lleva ve V. dos espacios llenos de una confusa mezcla de yerbas, paja y todo genero de plantas. Cada año hace sembrar trigo, mijo, girasol, cañamo, arvejas (2), y en general todos los granos que gustan á los pajaros, y no se coge nada. Ademas de esto casi todos los dias en invierno y verano, ella ó yo les traemos de comer, y cuando no lo hacemos, por lo comun suple por nosotros la Paca. Tienen el agua á dos pasos, como V. ve, y mi muger cuida hasta de que hagan sus nidos. Con la proximidad de materiales, la abundancia de viveres y el mucho esmero que se pone en apartar de aqui todo enemigo (3), el sosiego imperturbable que disfrutan los escita á poner en este paraje comodo, donde no les falta nada, y ninguno los perturba. De este modo la patria de los padres tambien es la de los hijos, y se conserva y multiplica la poblacion.

¡Ah!, dijo Julia, ahora no ve V. nada! cada uno no piensa mas que en si propio, pero los esposos inseparables, el celo de los cuidados domésticos, la ternera paterna y materna, todo eso lo ha perdido. Dos meses hace que era cosa deliciosa hallarse aqui para que gozara la vista del espectáculo de mas embeleso, y el corazon del afecto mas dulce

(1) Esta respuesta no es exacta, porque la voz huesped es correlativa: huesped es el hospedado y huesped el que hospeda.

(2) Algarroba.

(3) Los lirones, las ratas, los mochuelos, y sobre todo los muchachos.

de la naturaleza. Señora, le repliqué muy triste, V. es esposa y madre, y esos son deleites que está en estado de disfrutar. Cogiendome entonces la mano el señor de Wolmar y apretandomela, me dijo: V. tiene amigos, y estos amigos tienen hijos, ¿como puede serle ageno el afecto paternal? Miréle y miré á Julia, ambos se miraron, y me volvieron una mirada tan cariñosa, que abrazandolos á uno y á otro les dije enternecido: tanto cariño como V. les tengo yo. No sé porque efecto tan raro puede una palabra mudar así una alma, pero desde este punto me parece el señor de Wolmar otro hombre, y menos veo en él al marido de la que tanto quise, que al padre de dos criaturas por quienes diera mi vida.

Quise dar la vuelta al estanque para contemplar mas de cerca este tan grato albergue, y sus pequenuelos moradores, pero me detuvo la señora de Wolmar. Nadie va á perturbarlos, me dijo, en su domicilio, y V. es el primero de nuestros huespedes que hasta aqui he traído. Cuatro llaves hay de este verjel; mi padre y nosotros dos tenemos cada uno la suya. Paca, como inspectora, tiene la cuarta y trae algunas veces á mis hijos; favor cuyo precio se aumenta con la mucha circunspeccion que de ellos se exige mientras estan aqui. Gustin tampoco entra nunca sino con uno de los cuatros, y este en pasando los dos meses de primavera en que es útil su trabajo no entra casi nunca, y todo lo demas lo hacemos nosotros. De suerte, le dije, que de miedo de que fuesen esclavos los pajaros, se han constituido Vds. los suyos. Esa sí, me replicó, que es la expresion de un tirano, que nunca cree que disfruta de su libertad, como no perturbe la de los demas.

Cuando ya nos poniamos en camino para volver, tiró el señor de Wolmar un puñado de cebada al estanque, y vi que acudian á comersela algunos pececillos. Ola, ola, dije al instante, aqui tenemos cautivos. Sí, dijo, son unos prisioneros de guerra á quienes se les ha perdonado la vida. Sin duda, añadió su muger. Poco tiempo hace que robó la Paca en

la cocina unas bogas que se trajo aqui sin que yo lo supiera, y las dejó por no desazonarla porque mas vale todavia que esté un poco de pescado alojado menos á sus anchuras que de dar un disgusto á una buena muger. Tiene V. razon, respondí, y no es tanta la desgracia de este en verse libre de la sarten á este precio.

¿Y bien que le parece á V.? me dijo cuando nos volviamos, está V. todavia al cabo del mundo? No, dije, que me ha sacado V. de él, y me ha llevado efectivamente á los campos Eliseos. Bien merece esa burla, dijo el señor de Wolmar, el pomposo nombre que á este verjel ha dado. Alabe V. moderadamente juegos de niños, y considere que no han distraído un punto de los cuidados de madre de familias. Ya lo sé, repliqué, y estoy muy cierto de eso; pero en este genero los juegos de niños me agradan mas que las tareas de los hombres.

Sin embargo hallo aqui una cosa, continúe, que no puedo comprender, y es que un sitio tan diferente de lo que era no puede haber mudado así sin cultivo y trabajo; no obstante en parte ninguna descubro el menor vestigio de cultura; todo está verde; lozano, vigoroso, y no se columbra la mano del jardinero; nada desmiente la idea de una isla desierta, que cuando entré me ocurrió, y no distingo huella ninguna humana. Ah! dijo el señor de Wolmar, eso es porque ha habido mucho cuidado en borrarlas. Yo he sido muchas veces testigo, y algunas complice de la picardia. Se siembra heno en todos los sitios trabajados, y en breve esconde la yerba los vestigios del trabajo; por el invierno se echan algunas cargas de estiércol en los sitios aridos y esteriles, el estiércol se come el musgo, aviva la yerba y las plantas, los mismos arboles se aprovechan; y no se conoce por el verano. En cuanto al musgo que cubre algunas calles, nos ha enviado de Inglaterra milord Eduardo el secreto de hacerle prender. Estos dos lados, siguió, estaban cerrados con tapias, las tapias se han cubierto no con espalderas, sino con arbustos espesos que hacen que los

confines del verjel se cree que son el principio de un bosque. Por los otros lados hay plantados fuertes vallados vivos, bien guarnecidos con arces, espinos blancos, acebos, alheñas, y otros arbustos mezclados que les quitan el aspecto de valladas y les dan el de un monte talar. Nada ve V. alineado, nada nivelado, nunca entró el cordel en este sitio, porque la naturaleza nada planta à cordel; en su fingida irregularidad estas vueltas y revueltas con tal arte dispuestas que alargan el paseo, esconden las riberas de la isla y agrandan su estension aparente, sin dar incomodos y muy frecuentes rodeos (1).

Contemplando todo esto me parecia que era cosa estravagante emplear tanto trabajo en disimular el que se había empleado: ¿no hubiera valido mas no emplear ninguno? No obstante todo cuanto hemos dicho à V., respondió Julia, evalua el trabajo por sus efectos, y se engaña. Todo cuanto V. ve son plantas agrestes y robustas que basta con plantar en la tierra para que ellas crezcan por sí propias. Parece por otra parte que se complace la naturaleza en esconder à los ojos humanos sus verdaderos atractivos, que los mueven muy poco, y que desfigurán cuando están cerca de ellos. La naturaleza huye los lugares cultivados; en la cima de los montes, en la espesura de las selvas, en las islas desiertas, es donde hace alarde de sus mas atractivos embesoles. Los que con ella se agradan y no pueden ir à buscarla tan lejos se ven precisados à violentarla, à forzarla en algun modo à que venga à habitar con ellos, y no puede hacerse todo esto sin algo de ilusion.

Al oír estas palabras me ocurrió una idea que los hizo reír. Me figuro, les dije, à un rico de Paris ó Londres, que

(1) De suerte que no se trata de bosqueillos tan ridiculamente retorcidos que no se puede andar como no sea de lado, y à cada paso es menester dar una vuelta al rededor.

(2) Estoy persuadido à que dentro de poco no se hallará en los jardines nada de cuanto se encuentra en el campo; no habrá ni plantas ni arboles; y solo se verán flores de porcelana, mamarrachos, enrejados, arenas de todos colores, y hermosos vasos llenos de aire.

dueño de esta casa, se trae consigo à un arquitecto que paga muy caro para desfigurar la naturaleza. Con que despiden entraría en este sencillo y mezquino paraje! con que desprecio haría arrancar todas estas frioleras! que bien alineado quedaria todo! que bellas calles haría plantar! que hermosos pies de gallo, que hermosos árboles formando quitasoles y abanicos! que preciosos enrejados, y que bien cincelados! que bellos planteles de hoj bien dibujados, bien perfilados, bien cuadrados! que almizos bolingrines de cesped fino de Inglaterra, redondos, cuadrados, sesgados, ovalados! que bellos tejos en figura de dragones, de pagodas, de muñecos, de todo género de monstruos! que bonitos vasos de bronce, y que bonitas frutas de piedra para adorno de su jardin!

(2) Cuando todo eso esté ejecutado, dijo el señor de Wolmar, habrá hecho un sitio muy hermoso adonde irá la gente raras veces, y de donde saldrán siempre lo mas presto que puedan à buscar el campo; un sitio triste donde nadie se paseará, pero por donde pasarán para ir à pasearse; en vez de que en mis correrías campestres muchas veces me vuelvo à priesa à mi casa para venir à pesarme aquí.

En esos terrenos tan vastos y con tanta riqueza adornados solo veo la vanidad del propietario y el artista, que ansiosos siempre de hacer alarde uno de su opulencia y otro de su habilidad, trabajan à mucha costa en causar hastio à quien quisiere disfrutar de sus afanes. Sus gustos los acibara una falaz pasion, que no es propia del pecho humano, de desmedida grandeza. Siempre es triste el aspecto de la grandeza, porque escita la idea de la pequenez del que le presenta. En mitad de sus cuadros de flores, y sus vastas calles de arboles, el indi-

viduo no se agrada; le cubre un arbol de veinte pies lo mismo que uno de sesenta, (1) nunca ocupa arriba de tres pies de espacio, y como un arador, así desaparece en sus inmensas posesiones.

Otra pasion hay directamente contraria à esta, y todavia mas ridicula, porque ni siquiera permite gozar del paseo para que fueran destinados los jardines. Ya entiendo, le dije: la de aquellos necios curiosos, aquellos mezquinos floristas que se quedan pasmados al mirar un ranunculo, y se hincan de rodillas delante de una tulipa. Con este motivo les conté, Milord, lo que me habia sucedido en Londres en aquel jardin donde nos introdujeron con tanto aparato, y donde vimos brillar con tanta pompa todos los tesoros de Holanda encima de cuatro cargas de estiércol. No olvidé la ceremonia del quitasol y la varita con que me honraron à mi indigno, como à los demas espectadores. Les confesé humildemente como habiendo querido echarlo tambien de inteligente, y aventurar mi elogio de una tulipa cuyo color me pareció vivo, y elegante su forma, se mofaron, me huchearon, y me silbaron todos aquellos sabios, y como el profesor del jardin pasando del menosprecio de la flor al de su panegirista, no se dignó de mirarme siquiera en toda la tarde, y pienso, añadí, que sintió mucho el ver profanados su quitasol y su varita.

Esta aficion, dijo el señor de Wolmar, cuando en mania degenera tiene un no sé que vanidoso y mezquino, que la hace pueril y ridiculamente costosa;

la otra tiene à lo menos nobleza magnificencia y cierta especie de verdad: pero que significa el valor de una cebolla ó una raiz que à veces está royendo ó destruyendo un insecto, mientras que la están ajustado, ó el de una flor lozana à medio dia y marchita antes de ponerse el sol? que es una belleza de convencion, que solo para los ojos de los curiosos es sensible, y que solo es belleza porque quieren que lo sea? Puede venir tiempo de que se pida en las flores todo lo contrario de lo que hoy se busca, y con la misma razon que ahora; entonces será V. el docto à su turno, y su curioso el ignorante. Todas estas mezquinas observaciones que degeneran en estudio no convienen al hombre racional, que quiere que tenga su cuerpo un ejercicio moderado, ó que se desahogue su espíritu en el paseo conversando con sus amigos. El destino de las flores es divertir de paso nuestras miradas, y no el ser objeto de una menuda anatomia (2). Mire V. cual brilla por todas partes en este verjel su reina, empapando en aromas el aire, hechizando los ojos, y sin que cueste así cuidado ni cultivo. Por eso la desdennan los floristas: la naturaleza la hizo tan bella que no es posible añadir à ella hermosuras de convencion, y no pudiendo atormentarse en cultivarla, nada hallan que los halague. El error de los pretensos hombres de gusto es querer arte en todas partes, y no estar satisfechos si no se deja ver el arte mientras que consiste el gusto sano en ocultarle, especialmente cuando se trata de las producciones de la natu-

(1) Tambien deberia decir algo del mal gusto de chapodar ridiculamente los arboles, para que se alcen hasta las nubes, privandolos de sus frondosas copas, de su sombra, apurando su savia, y estorbando que se robustezcan. Verdad es que este método da leña à los jardineros, pero se la quita al pais que no la tiene de sobra. Diríase que la naturaleza en Francia es de otra especie que en todo lo demas del mundo, tanto se esmeran los Franceses en desfigurarla. Los parques están plantados de lenguas persigas, son selvas de mastiles, ó de cañas de maíz, y se pasea uno en mitad de un bosque sin hallar sombra.

(2) No habia reflexionado bien acerca de esto el sabio Wolmar. ¿El, que tan bien observaba à los hombres, tan mal observaba à la naturaleza? no sabia que, si es grande su Autor en las cosas grandes, es grandísimo en las pequenas?

raleza. ¿Que significan esas calles tan derechas tan bien enarenadas, que sin cesar se encuentran, y esas estrellas con las cuales en vez de ensanchar à los ojos el tamaño de un parque como se imaginan, no se hace otra cosa que manifestar con torpeza sus limites? Se halla en los bosques arena de rios? ó descansa el pie con mas blandura en esta arena que en el musgo ó en la menuda yerba? gasta sin cesar la naturaleza escuadra y regla? tienen miedo de que se la reconozca en algo, no obstante su afan en desfigurarla? Finalmente, ¿no es cosa graciosa que, como si estuvieran ya cansados del paseo, desde que salen à pasearse afecten plantarle en línea recta para llegar antes à la meta? no parece que toman el camino mas corto, porque mas bien que un paseo emprenden un viaje, y tienen prisa por concluirle desde el punto que le empiezan?

¿Pues que hará el hombre de gusto, que vive por vivir, que sabe disfrutar de si propio, que aspira à sencillos y verdaderos contentos, y que quiere tener un paseo à la puerta de casa! Le hará tan comodo y tan agradable que pueda gozar de él à cualquier hora del dia, al mismo tiempo tan sencillo y natural que no parezca que ha hecho nada. Reunirá agua, verdura, sombra y frescor, porque tambien la naturaleza reúne todas estas cosas. No pondrá simetria en nada que es contraria de la variedad la naturaleza, y se parecen tanto todas las calles de un jardín ordinario, que siempre cree uno que está en la misma: despejará el terreno para pasearse con comodi-

dad, pero no serán siempre exactamente paralelos los dos lados de sus calles, no será siempre su direccion en línea recta, y tendrá un no sé que incierto, como el andar de una persona ociosa que va à un lado y à otro paseándose. No se cuidará de descubrir desde lejos hermosas perspectivas, la afición à los puntos de vista y las lontananzas procede de la propension que la mayor parte de los hombres tienen à no hallarse con gusto sino donde no estan; siempre anhelan por lo que está distante de ellos; y el artista que no acierta à contentarlos con lo que está inmediato toma este recurso para divertirlos; pero al hombre de quien hablo no le agita semejante inquietud, y cuando se halla bien donde está, no se cura de estar en otra parte. Aquí por ejemplo no sale la vista del paraje y está uno muy satisfecho con esta coartacion, porque quisiera persuadirse à que todos los embeloses de la naturaleza estan en este punto encerrados, y me temeria que la menor excursion de la vista afuera privara de mucha delicia este paseo (1). Por cierto que todo aquel que no guste de pasar los dias hermosos en sitio tan sencillo y ameno, ni tiene puro el gusto ni sana el alma. Confieso que no es para llevar à él en pompa à los forasteros, pero en cambio puede uno deleitarse en él, sin enseñarsele à nadie.

Señor, le dije, à esos sugetos tan ricos que plantan tan hermosos jardines les asisten poderosas razones para que no gusten de pasearse solos ni de entrar en cuentas consigo propios; por eso hacen

(1) *No sé si se ha probado alguna vez dar à las largas calles de una estrella una ligera curvatura, de suerte que no pueda la vista alcanzar enteramente al fin, y que se esconda al espectador el extremo opuesto. Verdad es que se perderia el recreo de los puntos de vista, pero se granjearia la ventaja tan apreciable para los propietarios de que agrandase à la imaginacion el sitio donde uno se encuentra, y en medio de una estrella bastante reducida se creeria uno en un inmenso parque. Tambien estoy persuadido à que seria el paseo menos fastidioso, aunque mas solitario; porque todo cuanto deja juego à la imaginacion excita ideas, y da pábulo à la inteligencia. Pero los fabricantes de jardines no son gentes que entiendan de esas cosas. ¿Cuántas veces se les ve en un sitio rustico el lapicero de las manos, como à Le Nostre en el parque de San James, si supiera como el que es lo que à la naturaleza infunde vida, y à su espectáculo interes!*

muy bien en pensar en esta parte solo en los estranos. En cuanto à lo demas, en la China he visto jardines como V. los quiere, y hechos con tanta arte que no se distingue el arte, pero de modo tan dispendioso, y que costaba tanto el mantenerlos, que sola esta idea me privaba de toda la satisfaccion que hubiera podido tener en verlos. Habia rocas, grutas, cascadas artificiales en sitios llanos y arenosos donde solo agua de pozo se encuentra; flores y plantas raras de todos los climas de la China y la Tartaria remidas y cultivadas en un mismo suelo. No se veian à la verdad ni hermosas calles, ni distribuciones regulares; pero si se veian hacinados con profusion los portentos que solo desparramados y separados se encuentran; presentabase la naturaleza bajo mil semblantes diversos, y todo junto no era natural. Aquí no se han conducido tierras ni piedras, no se han construido bombas ni arcas de agua; no se necesitan estufas, ni hornillos, ni campanas de vidrio, ni esteras de paja. Un terreno casi llano ha sido adornado con arroyos muy sencillos, algunas yerbas y arbolillos comunes, algunos hilos de agua que corren sin apremio ni aparato, han bastado para hermosearle; ha sido un juego sin afan, cuya facilidad causa nuevo gusto al espectador. Tengo la intima persuasion de que podria ser este sitio todavia mas agradable, y agrardarme infinitamente menos, como por ejemplo el celebre parque de milord Cobham en Estun, que es una amalgama de sitios à cual mas hermosos y mas pintorescos, escogidos en varios paises, y en los cuales, como en los jardines de la China de que acabo de hablar, todo parece natural, excepto el conjunto. El dueño y erizador de esta soberbia soledad tambien ha hecho construir en ella ruinas, templos y edificios antiguos, de suerte que se hallan reunidos los lugares como los tiempos con sobrehumana magnificencia. De esto es justamente de lo que yo me quejo. Quisiera que las diversiones de los hombres tuvieran cierto viso de facilidad que no recordara à la imaginacion su flaqueza, y que al admirarse de estas maravillas no se fatigara con la idea

de los caudales y afanes que han costado. ¿No nos ha departido la suerte suficientes penas que las queremos hasta en nuestros juegos?

Un solo reparo tengo que poner à su Eliseo de V., dije mirando à Julia, que le parecerà grave; que es una diversion superflua. ¿A que viene hacer nuevos paseos, teniendo al otro lado de casa bosquecillos tan deleitosos y tan descuidados? Verdad es, respondió algo confusa, pero este me gusta mas. Si hubiera V. meditado bien su pregunta antes de hacerla, interrumpió el señor de Wolmar, seria mas que imprudente. Desde que está casada nunca ha puesto mi muger los pies en los bosquecillos de que V. habla, y sé muy bien el motivo, aunque siempre me le haya ocultado. V que no lo ignora aprenda à respetar el sitio donde se halla, que está plantado por mano de la virtud.

Apenas habia recibido tan justa reprehension, cuando la familia chica conducida por Paca entró al tiempo que nosotros saliamos. Estos tres amables niños se arrojaron al cuello del señor y la señora de Wolmar, y à mi me cupo parte de sus inocentes halagos. Volvimos à entrar Julia y yo en el Eliseo, dando algunos pasos con ellos, y fuimos despues à buscar al señor de Wolmar que estaba hablando con unos operarios. En el camino me dijo Julia que despues que fue madre le habia ocurrido acerca de este paseo una idea, que habia aumentado su celo en hermosearle. He pensado, me dijo, en la diversion de mis hijos, y su salud cuando sean de mas edad. La conservacion de este sitio exige mas atencion que penalidad; mas se requiere dar cierto contorno à los ramos de las plantas que cavar y arar la tierra; quiero que sean un dia mis jardineros chicos, harán cuanto ejercicio sea necesario para fortalecer su temperamento, y no el suficiente para fatigarle; ademas de que mandaràn hacer lo que esceda las fuerzas de su edad, y se ceñirán al trabajo que los divierta. No puedo explicar à V., añadió, el gozo que siento en representarme à mis hijos ocupados en pagarme los cuidados que con tanto gusto me tomo yo por ellos, y

figurarme la alegría de sus tiernos corazones, cuando vean á su madre paseándose con delicia debajo de la sombra de arboles cultivados por sus manos. En verdad, amigo mio, me dijo enternecida la voz, que dias que así han corrido son simbolo de la felicidad de la otra vida; y no sin razon, imaginandome los de antemano he puesto á este sitio el nombre de Eliseo. Milord, está incomparable mujer es madre como es esposa, como es amiga, como es hija, y para eterno suplicio de mi corazón tambien así fue amante.

Arrobado con tan deleitosa morada les supliqué por la noche que permitiesen mientras estuviera en su casa que la Paca me entregara su llave, y la comisión de dar de comer á los pajaros. Al punto envié Julia á mi cuarto el saco de grano, y me dió su propia llave. No sé porque la admití con cierto género de sentimiento, me pareció que mas bien hubiera querido la del señor de Wolmar.

Esta mañana me he levantado muy temprano, y con la impaciencia de una priatura me he ido á encerrar en la isla desierta. Que de gratos pensamientos esperaba hallar en este solitario sitio, donde el dulce aspecto de la naturaleza sola debía espeler de mi memoria todo este orden social y facticio que tan desventurado me ha hecho! Todo cuanto voy á ver en torno de mí es obra de la que tanto quise. La contemplaré en derredor de mí; nada veré que no haya tocado su mano, besaré las flores que hayan hollado sus plantas, respiraré con el rocío el aire que ha respirado, su gusto acendrado en sus diversiones me pondrá á la vista todos sus atractivos, y en todas partes la hallaré como está retratada en lo íntimo de mi corazón.

Al entrar en el Eliseo con estas disposiciones, á deshora me acordé de las ultimas que ayer me dijo el señor de Wolmar casi en el mismo puesto, y sola la memoria de estas palabras mudó en un instante todo el estado de mi alma. Creí que veía la imagen de la virtud donde buscaba la del deleite, se ha confundido en mi espíritu esta imagen con la del semblante de la señora de Wolmar; y por la vez primera, después

de mi regreso, he visto en su ausencia á Julia; no como fué para mí, y como me complazco aun en figurármela, sino como á mis ojos todos los dias se muestra. Milord, he creído que veía á esta mujer tan encantadora, tan casta, tan virtuosa en medio del mismo acompañamiento que ayer la rodeaba. En toro de ella veía á sus tres amables hijos, cara y honrosa prenda de la union conyugal y la tierna amistad, hacerle y recibir de ella mil afectuosos cariños. A su lado veía el grave Wolmar, á este esposo tan querido, tan feliz, y tan digno de serlo. Creía que veía sus penetrantes y juiciosas miradas registrar lo íntimo de mi corazón y sonrojarme todavía; creía que oía salir de su boca reprensiones bien merecidas, y amonestaciones mal escuchadas, veía en su compañía á la misma Paca. Regard viva prueba de la virtud y la humanidad triunfantes del mas ardiente amor. Ah! ¿que culpado afecto hubiera llegado á ella por medio de tan inviolable guardia? con que indignación hubiera yo sofocado los villanos raptos de una delinente y no bien estinguida pasión? y por euan despreciable me hubiera tenido si con solo un suspiro hubiera amancillado la pintura que enagenado me tenia de inocencia y honestidad? En mi memoria recapacitaba las palabras que al salir me habia dicho; y luego contemplando con ella un tiempo venidero tan lleno de embeloso, veía á esta madre tierna enjugando el sudor de la frente de sus hijos, besando sus encendidas mejillas, y abandonando mi corazón formado para amar al afecto mas dulce de la naturaleza. Hasta el nombre mismo de Eliseo recitaba en mi los descarríos de la imaginacion, y escitaba en mi animo una calma preferible á la turbulencia de las mas halagüeñas pasiones. Me retrataba en algun modo el interior de la que le habia imaginado, y pensaba que una conciencia agitada nunca tal nombre habria escogido, decia yo: la paz reina en su corazón, como en el asilo que ha nombrado.

Me habia prometido agradables imaginaciones, y han sido muy mas agradables

de lo que yo esperaba. He pasado en el Eliseo dos horas, á las cuales no prefiero época ninguna de mi vida. Viendo el embeloso y la rapidez con que habian corrido, he notado que en la meditacion de los pensamientos virtuosos hay cierta especie de contentamiento interior que nunca los malos han conocido, y es el de deleitarse consigo propio. Si lo pensáramos sin preocupacion, no sé que otro deleite con este puede igualarse; veo á lo menos que quien gusta como yo de la soledad debe temer el prepararse á sí propio tormentos en ella. Acaso sacáramos de los mismos principios la llave que esplica los juicios erroneos de los hombres acerca de las ventajas del vicio y las de la virtud; porque el gozo de la virtud todo es interior, y solo aquel que la siente le conoce; pero todas las utilidades del vicio se presentan á los ojos agenos y solo el que las disfruta sabe cuanto le cuestan:

*Si la pena interna escrita
Lleváramos en la frente
¿Cuántos que envidia la gente
Les causarían piedad!* (1)

Como se hacia tarde, sin yo pensarlo, vino el señor de Wolmar á buscarme, y avisarme que Julia y él me estaban aguardando. Vds., le he dicho en disculpa mia, han sido los que me han impedido estar con Vds.; tanto me embelésó la tarde de ayer que he vuelto á disfrutar de ella esta mañana por fortuna que es chico mal, y una vez que me han aguardado Vds. no se ha perdido la mañana.

Muy bien dicho, respondió la señora de Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y desayunan en el suyo. El almuerzo es

la comida de los amigos; están excluidos de él los criados, los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa, se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el unico momento en que es lícito ser uno lo que es, y así durara todo el dia! Ah, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á menos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe V., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasia para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

CARTA XII.

DE LA SEÑORA DE WOLMARA LA
SEÑORA DE ORBE.

ESTA escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mi propia, y que después de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazón me has de preservar tambien de los de mi razon. Después de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son; Ah, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho menos aprecio de mis luces, menos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preambulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavía tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazón, y me atrevo á creer que está de él

(1) *Hubiera podido añadir lo que sigue, que es muy hermoso, y que igualmente al asunto se adapta:*

*Se vieran sus enemigos
En su pecho, y reducida
Toda su dicha fingida
A parecernos verdad.*